

DESAPROPIACIÓN Y ARRAIGO (y 2)

Hablábamos la semana pasada de desapropiación y arraigo como los dos pilares básicos de la felicidad humana.

Porque, en efecto, desapropiarse no es desarraigarse. El desapego de las cosas no es apatía, indolencia, pasotismo. Menos aún es tener muerto el corazón. Al contrario. Vuelvo a nuestro verbo salmantino: **acalugar**. Que es sosegar, aliviar, acariciar. Sí, **acariciar apasionadamente la vida**. En todo y en todos. Amar las cosas y las personas con ternura y con energía, como Dios las ama. Pero sin apropiarse de nada.

El arraigo no consiste en el apego a bienes perecibles, a lo que hoy posees y mañana puede que no. Al contrario, el verdadero arraigo se produce cuando **enraizamos en valores permanentes**. ¿Por qué nuestra sociedad padece acre, agudamente el síndrome del desarraigo? No cabe duda. Porque se empeña en vivir al día y para el hoy, sin ninguna proyección de futuro, de interioridad, de trascendencia.

El desinterés por las cosas del espíritu, por las preguntas acerca del origen y del más allá de esta vida deriva, por necesidad, en falta de solidez y consistencia. Lo vemos a diario. Rectificar es de sabios, decían nuestros mayores. Pero rectificar cada día -lo decía un ex-Presidente español no sospechoso de pietismo- es de necios. A esa diaria rectificación, buscando salidas de emergencia, se condenan inevitablemente los desarraigados, peor todavía si al desarraigo añaden el resentimiento.

El arraigo más pleno se apoya en la **confianza**. Hay una confianza básica que todos necesitamos para vivir. Sin confianza en nosotros mismos y en los demás, vamos dando tumbos entre **sospechas, celos, celotipias e incertidumbres**. Se hace imposible tomar decisiones firmes. Harto difícil resulta también mantener la palabra dada.

Pero hay otra confianza más profunda y que ofrece una seguridad mayor. La **confianza en Dios. Porque él es el único que no falla**. Si desterramos a Dios de la vida, de la sociedad, de las costumbres... nos estamos condenando a la infelicidad. Que se lo piensen los laicistas y ateos.

Por eso Jesús puede decir aquello de “dichosos los pobres” que leíamos el domingo pasado y que es la fuente de la desapropiación. Podemos desapropiarnos de las cosas, del tiempo, de los cargos, de todo... **cuando nos fiamos de Alguien que nunca nos falla**, que está ahí, aunque invisible, como origen, fuente y meta de toda vida y de toda posible felicidad.

S. Juan de la Cruz, llega al fondo: “**Para venir** a poseerlo **todo/** no quieras poseer algo en nada”.

¡Qué lejos andamos de la verdadera felicidad! Para hallarla, ni siquiera hay que buscarla: “**para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada**”. Sólo fiarse.